

Guadalupe Santa Cruz\*

## NOMBRES, NOMBRADÍAS Y NOMBRAMIENTOS EN AMÉRICA LATINA

*Adiós Baquedano. Me voy con Salvador, que es más millonario*, dijo la loca, entre una estación del Metro y la otra, inmóvil en su butaca. El poema de la loca venía recitándose desde estación *Santa Lucía*, y su locura residía en haber proseguido el poema de la ciudad, de esta misma ciudad que llama estación *Cal y Canto* a un sitio donde aquel puente se halla desde mucho tiempo ya desaparecido. El cuerpo que ella coloca a Baquedano –en el emplazamiento que todos conocemos por *Plaza Italia*– es el cuerpo que falta al puente en el nombre *Cal y Canto*.

Adivinamos, de alguna manera, que los nombres en América Latina poseen algo que les resta la calidad de definitivos: nombres de lugares, pronombres, apelativos individuales, nombres de sucesos. Flotan, intuimos, con un peso titubeante, sin acabar de posarse en un suelo que pueda hacerse cargo de aquella nombradía. Una vez pronunciados, el sentido de aquellos nombres es recorrido por un leve

---

\* Novelista chilena. Autora de *Salir* (1989), *Cita Capital* (1992), *El Contagio* (1997) y *Los Conversos* (2001).

temblor, dejando algo de su constitución, de su genealogía –de su geología– al descubierto. Una vez proferidos, pareciera debatirse, en sus denotaciones y connotaciones, la trama de poderes que urdió el sentido y la ubicación de estos nombres, volviendo más transparente su confección –transparente no en el sentido de claridad, sino de *mostrar la hilacha*–, sustrayéndoles la legitimidad que se deriva de un mínimo consenso semántico.

Todo sucede como si nuestros nombres hubiesen carecido de bautizo. O como si hubiese tal vez habido pugna, sobreposición de rituales, y los nombres éstos debieran compartir atributos, responder a autorías y autoridades de diversa proveniencia.

Y si el nombre responde a un llamado –a una promesa, como sugiere Pablo Oyarzún<sup>1</sup> – no estaríamos ciertos hacia dónde girar la cabeza, en cuál dirección responder a aquel apelativo que nos invoca.

Estos equívocos, el hecho de que alguien, que algo no diga, no pueda decir certeramente lo que es –esta vacuidad que enfrenta aquel que nombra, cuestionándolo y haciendo a su vez desfallecer el propio nombre–, puede constituir un pedido, una invitación para que la voz que llama deba hacerlo produciendo a la vez su sentido. Nombrar sería entonces, entre nosotros, resolver identidades, una y otra vez.

*Aquí vas a tener que vivir y sufrir cada nombre.* Esta afirmación, hecha tras haber enumerado los recorridos que en ese entonces le otorgaba el título a las líneas de micros de Santiago –hoy, igualmente desaparecidos y reemplazados por una fría cifra y un colorido único, el amarillo– pertenece a mi novela *Cita Capital*, en boca de una prostituta –trabajadora sexual, me han enseñado ellas a decir– que le abre las puertas de Santiago a un foráneo. El mismo extranjero se queja, más

---

<sup>1</sup> Oyarzún, Pablo. “La ley de los idiomas y la dispersión de la lengua”, *Utopías, Seminario Internacional*, División de Cultura, Santiago, MINEDUC, 1993.



tarde, de otra mujer que vaga por la misma ciudad, sin entregársela: *Debo amarte fuera del tiempo: con violencia*.

La historiografía debe tener algo que decir sobre este tema, sobre la fuga del tiempo en los acontecimientos, en la arquitectura de sitios y nombres en América Latina, a la vez que ella misma, la historiografía, se encuentra atravesada de parte a parte por estas lenguas nómadas, por este material resbaloso a partir del cual se construyen los relatos.

Así, el propio Guamán Poma<sup>2</sup> –cuya mera existencia es puesta hoy en tela de juicio– recurre a tretas ladinas con los apelativos, insinuando en su *crónica* alcances de nombres que podrían estrechar el vínculo con su desigual interlocutor y lograr así que la urgente misiva llegue a oídas del rey, a buen destino (viaje que fuera fallido, puesto que tardó 300 años de inmóvil travesía): su padre es presentado como Guamán Mallque, “segunda persona del Ynga deste rreyno del Perú, a la rreal Magestad del rey don Felipe nuestro señor el ssegundo”, y él mismo inicia la carta como “don Felipe Guamán Poma de Ayala”, que se dirige “al rrey Phelipo”...

En una reciente publicación de Monografías históricas de mujeres de Chile<sup>3</sup> es sobrecogedor rastrear el equívoco entre cuerpos y nombres, su duplicidad, sus desplazamientos, su espejeo: *Lucía Carvajal, negra esclava que fui de don Juan de Carvajal (...)*; o: *Francisca de Fuenzalida, en la vía y forma que más a mi derecho convenga, digo que yo tengo que poner demanda en forma por mi libertad, por haber sido la voluntad de doña Magdalena de Fuenzalida, mi ama (...)*. Ximena Azúa, autora de esta monografía, revela los recursos retóricos que despliegan las esclavas negras de la Colonia en el discurso judicial, donde se entremezclan afirmación de identidad y sujeción, nombre propio y dependencia ajena. Otro autor,

---

<sup>2</sup> Canovas, Rodrigo, *Guamán Poma, Felipe: escritura y censura en el nuevo mundo*, Santiago, Francisco Zegers Editor, 1993.

<sup>3</sup> Varios autores. *Monográficas I, Nomadías*, Programa de Género y Cultura en América Latina, Santiago, Universidad de Chile, Ed. Cuarto Propio, 1999.

Pablo Artaza, da cuenta a partir de los registros eclesiásticos del siglo XIX de la recurrente endogamia de los matrimonios chilenos de entonces. Podemos adivinar que en esta práctica no sólo se perdiera la diferencia, el riesgo de lo desconocido, sino que se extraviará también la individualidad: se hayan extraviado los cuerpos bajo un único apellido que se repite, subsumiéndolos en lo idéntico.

Otros modos de narrar —la literatura latinoamericana, tanto en la escritura como en la crítica— brazean, se ahogan y nadan desde buen tiempo en las aguas turbias de la nombradía. Se trataría de desenfocar o, tal vez, de focalizar la política que transpiran algunos textos.

El río en el poblado de *Santa María*, que transcurre por varias novelas de Carlos Onetti, siembra ser el único elemento que reúne a los personajes cuyas relaciones engrudadas se tensan y destensan en un tiempo sin historia. Vagando por esta comarca, mitad urbe y mitad pantano, la cronología y los pedazos de vida de cada una de las voces que pueblan *Santa María* parecen chocar con la orilla del río, como si su lechoso fluir, como si el caudal del lenguaje fuese el elemento compartido, la única posible mediación.

Juan Emar —quien, antes de surrealista fue un habitante de Chile— atraviesa, en *Ayer*, un día en la vida de su protagonista por *San Agustín de Tango*, y le sigue los pasos mientras busca recordar su breve memoria, transitando, sin arbitraje, por el espectáculo del ajusticiamiento de un condenado en la guillotina, el zoológico del pueblo, el almuerzo en una Fuente de Soda, la espera en una garita de buses, la visita al taller de un artista, hasta concluir en la letrina de un café. La revelación —que no es más que la renuencia, por repetida, del momento intenso de la pregunta— lo ha hecho recorrer este pueblo en que los animales salvajes salen de sus jaulas, las tinturas del pintor bogan confundándose con el cielo y las enredaderas del jardín, dejando al desnudo su invertebrada, su decapitada razón.



En varios relatos de Clarice Lispector se pone en escena el sobresalto ante el otro, el rescate de la diferencia que irrumpe con fuerza simbólica intimidante, de un silencio con forma que grita ante la aparente y homogénea apacibilidad. En *La Pasión según G.H.*, la silueta de la patrona, trazada con tiza por la trabajadora de casa particular en la pared de su cuarto antes de abandonar el servicio, atestigua de un vigía extraño que compartía el espacio atisbando, a pesar de mantener los ojos bajos, con mirada propia; atestigua de una presencia ignorada por cercanía, cuya distancia emerge de pronto en la familiaridad, en la intimidad que le enrostra a través de aquella silueta la subalterna a la dueña de casa. La amenaza de mundos ajenos, subterráneos, y sin embargo colindantes, en José Donoso (el mudito y sus pegajosos vínculos con el submundo de dentro y fuera del convento; el oscuro lazo que lo ata al patrón, a quien suplanta en la escritura como en la procreación; el universo de los enanos, en *El Obsceno Pájaro de la Noche*) y en Ernesto Sábato (la sociedad de los ciegos en *Sobre Héroe y Tumbas*) y la deformidad que presupone la diferencia (cuya económica metáfora se encuentra en la novela *Patas de Perro* de Carlos Droguett) con el subsecuente peligro de contagio, sugieren un vínculo social en permanente transacción en nuestro continente, donde el temor a la diferencia opera como asimilación, reconduciendo la violencia de las desigualdades que son negadas: todos son un pedazo de todos, todos agreden a todos. Todos inventan a todos.

Cecilia Sánchez<sup>4</sup> recoge en el pensamiento filosófico chileno de las últimas décadas, con autores como Luis Oyarzún, Felix Schwartzman y Marcos García de la Huerta, la noción compartida de soledad de los latinoamericanos, soledad ante la naturaleza pero, por sobre todo, “soledad frente al paisaje social”, en la cual la soledad misma se

---

<sup>4</sup> Sánchez, Cecilia. “A la espera del milagro. Naturaleza, Soledad, Mesticidad e Intrahistoria en el mundo social Latinoamericano”, en: Ossandón, Carlos (comp.) *Ensayismo y Modernidad en América Latina*, Santiago, ARCIS-LOM, 1996.

constituye en lo extraño, en el *margen fáctico*, los sujetos viviéndose en un profundo desapego a las instituciones, y tornándose el Estado, la *ley* y el derecho en elementos cohesionadores sólo en un nivel epidérmico. “*Los vínculos interpersonales y políticos* –concluye Cecilia Sánchez– *son así perversos o desviados; o se establecen contra el ‘otro’ o bien contra sí*”.

En el análisis de *La Gramática* de Andrés Bello, Julio Ramos<sup>5</sup> pone de manifiesto la voluntad de control inscrita en la uniformización de la lengua, vinculando el simultáneo deseo de Andrés Bello de propagar el *buen decir*, el *decir correcto* y la unívoca escritura e interpretación de los textos legales. De la misma manera que para Bello era de primera importancia alejar del léxico las palabras que llevaban en demasía adherido el cuerpo, podríamos decir que la Constitución venía asimismo a zanjar el cuerpo a cuerpo de un vínculo social carente de ley.

Se podría aventurar, al menos para nuestro país, que el juego de máscaras que organiza las diferencias ha tenido por eje la ansiada y repelida institucionalidad. Retomando la categoría de *blanco/no blanco* que propone Jorge Guzmán<sup>6</sup> para leer nuestro mestizaje, podríamos decir que la institucionalidad, más que ofrecer soluciones de mediación legítima a las grandes y pequeñas diferencias de todo orden que desgarran a nuestro cuerpo social, se ha prestado como espacio y símbolo de blanqueamiento de los quiebres y desórdenes que nos recorren. El texto legal de Bello corre en paralelo con los gestos deslenguados, el juego consiste en inventar su traducción simultánea, en conferirle al cartón-piedra consistencia de tabla, al apodo textura de nombre.

---

<sup>5</sup> Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>6</sup> Guzmán, Jorge. “La categoría blanco/no blanco”, en: *Tópicos 90*, N°7, octubre 1990.



Hacer uso de la *gramática parda* es precisamente hablar el lenguaje de quienes saben navegar dentro y al borde de la ley.

Armando Uribe, en su libro *Caballeros de Chile*,<sup>7</sup> indaga en las razones de la violencia desplegada durante el Golpe Militar en nuestro país. Mientras el autor abre y juega con las innumerables acepciones y connotaciones del término *caballero*, señala el hondo y constitutivo temor de las clases dominantes respecto de aquellos que habían mantenido históricamente sojuzgados: *desempolvadas, las "palabras de la tribu" siempre se parecen a una caricatura*. Tal vez sea el cuerpo de aquel caballero simbólico que se descuartiza durante la experiencia de la Unidad Popular. Claudio Durán<sup>8</sup> se ha encargado de recordarnos, en su minucioso estudio de las portadas del *Mercurio* de aquella época, de qué manera la imagen del descuartizado hizo de telón de fondo catastrófico para el llamado al restablecimiento del orden y de la institucionalidad que le hiciera la burguesía a las FFAA. Como si el intento de revocar las desigualdades e injusticias sociales, en un proyecto que provocaba la carnavalización de las voces —en cuanto no se trataba ya de la voz, suiza o inglesa, del *caballero*, y en cuanto los textos legales mostraban el pulso de sus autores y dueños— dejara la puerta abierta a las deformidades siempre temidas, entre muditos, rotos, torrantes e imbunches, y se signara el anuncio del fin de fiesta con la metáfora del cuerpo destrozado, cortado en mil pedazos: *roto*.

Los nombres, las apelaciones, no poseen entonces tope entre nosotros. En el momento de nombrar, se sustrae la diferencia que puede separar: el tú es nosotros, todos un pedazo de todos. *Madres y Guachos*, la diferencia entre los sexos, para Sonia Montecino<sup>9</sup>: el uno pedazo del otro. El

---

<sup>7</sup> Uribe, Armando. "Ces Messieurs du Chili", París, Editions La Différence, 1978.

<sup>8</sup> Durán, Claudio. *El Mercurio. Ideología y Propaganda 1954-1994/Ensayos de interpretación bi-lógica y psico-histórica*, Santiago, CESOC, 1995.

<sup>9</sup> Montecino, Sonia. *Madres y Guachos. Alegorías del mestizaje chileno*, Santiago, Ed. Cuarto Propio, 1991.

hombre repitiendo el abandono del cual fuera objeto su madre, reparando su propio nombre incompleto en una nueva fuga; la mujer bautizando simbólicamente al hombre como hijo suyo, de manera de signar un reinado puertas adentro de breve duración. Todos pedazos de todos, todos agreden a todos. ¿Quién recoge las herencias, materiales y simbólicas, del nombre? En nuestro país, el no *reconocimiento* de algunos hijos, y, hasta ayer, el distingo entre diferentes categorías de hijos –nacidos dentro o fuera del matrimonio– le ha otorgado a un importante sector de la población la calidad de *ilegítimos*. Ilegítimos o fuera de la ley, los personajes en las novelas *El Río*, de Alfredo Gómez Morel, o *Chicago Chico*, de Armando Méndez Carrasco, se sitúan fuera de la ciudad –la ciudad real y la ciudad letrada– así como fuera de la lengua dominante y del patronímico. Su orden es el coa y aquel de los apodos (*Chicoco*, *Cachetón Pelota*), de los nombres a secas para las mujeres (lo cual, en este caso como en otros, no constituye originalidad). La jerga judicial llamaría *alias* y *chapa* a estos sobrenombres que rebautizan una biografía para crear un mundo propio. Mas ¿cómo llamarían a la profusión de apodos que corre en paralelo al nombre propio en nuestra sociedad sin ciudadanía? En momentos que la diferencia, que las asimetrías entre los sexos son nombradas en lo público –el intento de debate en torno al género en los preparativos a la Conferencia de Beijing 95– el Parlamento, algunos caballeros del Parlamento, advierten sobre la amenaza que encierra la aceptación del concepto de género, al poder éste desdoblarse –en su opinión– en *cinco géneros* posibles. Más allá de que esta concepción sea también aquella del Vaticano, irrumpe una vez más con la diferencia, en suelo nacional, el terror a lo carnavalesco. Como si estuviese *ad portas*, presionando en los extramuros de la institucionalidad, y bastara que la fina película de laca que sujeta el cartón-piedra se fundiera para mostrar su irrisoria carcajada. Se encuentran a mano, las máscaras, y son endeblen los edificios.



“Revisando la identidad” en sus excéntricos modos latinoamericanos, el crítico literario Julio Ortega<sup>10</sup> propone la luminosa noción de *suma hipotética*: una identidad paradójica y pluralizada, que *ya no padece sino que celebra todos sus nombres*. Alejándose de las lecturas que privilegian la adquisición unilateral del nombre, en la homogénea trama de la dominación y la subalteridad, Julio Ortega ubica las negociaciones de los sujetos no sólo en un más allá de los gestos y las prácticas, sino en el corazón mismo del nombre.

A partir de aquí, mi pregunta sería por el endurecimiento de los términos, en el cuerpo cultural chileno, cuando entra en escena lo institucional. Como si aquella suma hipotética fuera de pronto hipotecada por los *nombramientos* que anuncian un fin de juego de los nombres, un dar la espalda a su resbaloso acontecer, forzando la uniformidad –el denominador común–, la univocidad de la lengua misma, la que opera entonces sobre los asuntos que le incumben con similar voluntad de nombramiento: de fijación. Esta tendencia se hace más fuerte hoy en día, en que la globalización del mercado impone subrepticamente su gramática, intentando convencernos que compartimos un mismo idioma, y que aquella única forma de vida a crédito no es la invención de nosotros mismos y de la vida misma, sino el crédito con *pie*, con *cuotas* y letras.

El diccionario de Julio Casares define el nombre como *palabra con que se designa una persona o cosa para distinguirla de las demás*, como *título de una cosa, fama, reputación*, como *autoridad, poder o delegación con que alguno actúa en lugar de otro*. Pienso que la definición latinoamericana de la misma palabra –escrita ya en los muros y otros textos sueltos de nuestro paisaje y de nuestra literatura– es tarea de una comunidad de pensamiento crítico en el continente: pensar desde adentro de los nombres, desde su lenguajera disparidad. ¿Cómo no hacerlo, si somos, en otro

---

<sup>10</sup> Ortega, Julio. “La Identidad Revisitada”, en: *Revista de Crítica Cultural*, N°11, Santiago, 1995.

extremo, el continente que acuñara el escalofriante término de *desaparecidos*, sin que aquella noción, la realidad que ella nombra, nos sobresalte?

La Quintrala era analfabeta, mas de los latigazos suyos – según Olga Grau<sup>11</sup> – hizo una firma para la historia.

El nombre de los recorridos de las micros en Santiago ha sido borrado, es cierto. En su lugar, los choferes de micro – aquel cuerpo mal pagado que se cobra en dopajes y atropellos– escriben con letra cursiva el nombre huacho de sus máquinas: *El Depredador, El Especialista, Salvanadie I, El Petrolero de Medianoche, Mi Gatita, La Katherine, Mi Flor, Emita 2ª, Scarlett 1ª, Jennifer...*

La loca se dirige a la Estación, a la estatua *Baquedano* como a un cuerpo. Las *locas* de la Plaza de Mayo reclaman incansablemente por el cuerpo de sus desaparecidos.

---

<sup>11</sup> Grau, Olga. “La firma de la Quintrala”, en: *Revista de Crítica Cultural*, N°7, Santiago, 1993.